

RAMIRO LEDESMA RAMOS

Juan Aparicio

Casi una década carcelaria ha encadenado la existencia española, que transitó, doliente, por ergástulas, calabozos y mazmorras. Esta penitencia de una nación entera, que ha salido triunfante de la guerra y del cautiverio, sublimando pasiones y flaquezas humanas, ha puesto fin a las vidas más generosas, a las vidas vitales, a las vidas de nuestros caídos por su propia grandeza. Cárceles, “checas” y presidios se han ungido con la pátina de los monumentos nacionales, pero más intensamente aún, porque vibra dentro de sus recintos, no la historia marchita de lo que fue, sino la tragedia de cuanto pudo ser, de cuanto hubiera sido sin el asesinato y sin el crimen.

Una generación ha perdido sus jefes naturales, sacrificados e inmolados ante el ara expiatoria y sangrienta de sus treinta años. Hacia esa edad sucumbieron José Antonio Primo de Rivera, Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma. Ramiro Ledesma había cumplido treinta y un años cuando fue preso por última vez, el 1 de agosto de 1936, o sea, el día preceptuado para la universal agitación bolchevique. Ramiro conocía las cárceles de la República desde 1931, cuando fue un detenido primerizo, como luego se doctoró en 1932, 1933, 1934, 1935 y en 1936, hasta morir entre los mártires.

Sus huesos sayagueses se habían endurecido en los camastros presidiarios, aunque su alma no necesitaba tales yunques para templar su fortaleza. Era nativamente ascética e imperadora de sí misma, un alma senequista y de prosapia legítima y antigua. Otro escritor menos terne hubiese redactado sus prisiones para vanagloria sobre el sentimentalismo de la juventud; pero yo, que he sido compañero celular de Ledesma en la Cárcel Modelo y en el Penal de Ocaña, recuerdo su desdén frente a los melindres afectivos y la sana paciencia con que aguantaba todo. Ya que su sino y su voluntad política le conducían a la cárcel, menospreciando los halagos de una suerte más cómoda y burguesa, era preciso comportarse en la adversidad y en el peligro como un héroe cristiano, como un guerrero celtibérico, de los que tanto Impresionaron a cesáreos historiadores de Roma.

La revolución roja no le sorprende con los brazos cruzados dentro del Madrid anárquico del Frente Popular, sino oponiéndose, hasta el postrer instante, a su avalancha. El 11 de julio apareció su periódico “Nuestra Revolución”, que fue el último augurio de la Revolución nacional española. Preparando el segundo número del semanario llega el asalto al cuartel de la Montaña y hay que abandonar el despachito de la calle del Príncipe. El jefe nacional de Milicias de Falange Española de las J.O.N.S. había recibido órdenes desde Alicante para que cooperara, con Ledesma, en aquellas jornadas insurreccionales. Ramiro, confiado en su audacia y en su providencial destino, no se esconde. Sólo abandonó la pensión del Hotel Gredos, en la Gran Vía, instalándose, provisionalmente, en la calle de Ponzano, en el domicilio de su hermano Pepe.

La única precaución para desfigurar su efigie fue raparse el pelo, su mechón hitleriano, y volver a las gafas de su época intelectual. Fuera de este minúsculo disfraz iba a “Fuyma” todas las tardes, deambulaba, impertérrito, por las calles, henchidas de milicianos, y hasta se atrevió al riesgo máximo, presentándose en Santa Juliana, 3, en la entraña áspera de Cuatro Caminos, para abrazar a su madre.

Puesto en contacto con los grupos de acción, con aquellos impávidos “pacos” frente a la chusma roja, no quiso asilarse en ninguna Embajada; porque su misión de franco tirador, de vanguardista, le retenía a la intemperie. Provisto de la cartilla militar de Enrique Compte, reorganizaba sus huestes ofensivas, que ya en 1931 había denominado “falanges de combate”; pero en la madrugada del 1 de agosto fue detenido, al entrar en la casa de su hermano.

Un automóvil, que atravesaba raudo la calle de Ponzano con los faros encendidos, agarrota sus frenos y los recoge. Era una patrulla comunista, que reconoce a Pepe Ledesma como hermano de Ramiro; mas ignora que el mismo Ramiro está también presente. Conducidos a una “checa” de Cuatro Caminos, el interrogatorio es algo chusco, porque confunden al propio Ramiro con un pistolero a su servicio, al advertir, incrustadas en la

badana del sombrero, las tres iniciales reveladoras R.L.R., suponiendo que Ledesma ha obsequiado a aquel supuesto esbirro con las prendas de su guardarropas.

Los rojos insisten sobre Pepe Ledesma, amenazándole con las pistolas, para que descubra el paradero de su hermano.

— No sé dónde está —respondió con flema—; pero si me matáis, Ramiro no aparecerá nunca, puesto que mi desaparición le pondrá en guardia.

Ramiro le escucha sin pestañear. Cuando se quedan solos le conmina, sereno:

— Voy a decir quién soy y así te salvarás tú.

— No seas ingenuo, así nos asesinarían a los dos.

Esas ganas de no ocultarse, de afirmar su personalidad ante todo evento se repliegan entonces; pero, al día siguiente, en la Dirección General de Seguridad, han de firmar su sentencia de muerte. Trasladados al caserón de la calle de las Infantas, un polizonte anotó en el libro registro la entrada de José Ledesma Ramos y de Enrique Compte Azcoaga; pero el auténtico Enrique Compte Azcoaga se presenta, en seguida, en los calabozos de la Dirección, detenido también por fascista y contrarrevolucionario. Como Compte no había negado su nombre y apellidos, dos personas distintas confesaban la misma personalidad, con perjuicio, tal vez, para la verdadera. Ramiro, resuelto, pide declaración y afirma: “Soy Ramiro Ledesma Ramos; soy Ramiro Ledesma Ramos.”

Ramiro ha respirado, satisfecho. Filiado verazmente ya no caben más subterfugios ni evasivas; el fundador del Nacionalindicalismo tendrá que morir. Convencido de ese lógico desenlace, dada su señera significación política, prepárase a la muerte con un ánimo intrépido y casi deportivo. Enciérranle en la antigua cárcel de mujeres de las Ventas y allí encuentra a don Ramiro de Maeztu y a Vázquez Doderó, de Acción Española, a cuya tertulia había asistido alguna vez y donde era conocido bajo el seudónimo conspiratorio de “Don Aníbal”, colaborando en la revista con un “Ensayo sobre el Estado”, que envió, en 1932, desde la Cárcel Modelo. Además, Maeztu apreciaba su valor intelectual, su vigor filosófico y su patriotismo, con tanta estima, que le llamaba “Don Ramiro”. Allí están el Agustino Padre Félix García, con quien Ledesma ha estudiado metafísica en la cátedra de Ortega y Gasset; Federico Santander y Magariños. Allí están los duques de la Victoria y el conde de San Luis —directos descendientes de Espartero y Sartorius— y don Alfonso y don Enrique de Borbón y León. Allí hay militares y aristócratas, y menestrales y campesinos. Allí están Compte y los jóvenes camaradas de la Falange Española. España ha juntado en el presidio todas sus sangres y virtudes, como se juntan en el frente nacional, donde sólo faltan los cautivos.

Ramiro Ledesma viste un traje gris oscuro y calza alpargatas de cáñamo. Visítale, de vez en vez, su hermana Trini, que pregunta, precavidamente, por Roberto Lanzas. Durante el día pasea, a grandes zancadas, con Maeztu y con Compte o con los estudiantes falangistas o lee la “Anabasis”, de Jenofonte; el “Firmamento”, del Padre Rodés, y los “Episodios Nacionales”, de Galdós. ¿Quién sabe si en la prisión habrá releído la “Vuelta al mundo en la Numancia”, el exótico relato ultramarino, que hubo de fascinar su Infancia en Torrefrades, como texto obligatorio de lectura en la rural escuela paterna? O bien medita y reflexiona sobre su pasado, tan convulso, y sobre el porvenir de España. El mes de octubre le trae nostalgia y añoranzas de otros octubres menos crueles, cuando fundara, en 1931, las Juntas de Ofensiva Nacionalindicalista, o cuando, en octubre de 1934, se eligió a José Antonio Primo de Rivera jefe supremo de la Falange. Durante la noche penetran los carceleros en las celdas para robarles sus míseros enseres, respetando a Ramiro, que les infunde miedo. Sin embargo, Ledesma repetía a sus íntimos, con insistencia machacona: “Yo no saldré vivo de esta cárcel. A mí no me asesinarán cobarde ni espectacularmente.”

¡Cuán largo fue el mes de octubre de 1936 en Madrid; cuán largo y frío! En las Ventas, los presos tiritaban y se impacientaban ante su lánguido transcurso. Las tropas de Franco acudían presurosas, pero no tan velozmente para calmar la inquietud, la zozobra y la incertidumbre. ¿Es pronto? ¿Es tarde? Al fin se formó la primera expedición de la cárcel de las Ventas hacia un rumbo ignoto. Treinta y dos salen una madrugada otoñal, que traspasa los tuétanos del cuerpo. Van a Chinchilla, según les cuentan esbirros y guardianes; pero su destino será el cementerio de Aravaca, donde han de perecer macabramente.

Aún no se apartó la retahila, en la que descuella Ramiro de Maeztu, del edificio de la

cárcel, cuando resuena un tiro, un tiro seco y angustioso. Los que quedaron dentro de la cárcel, anonadados por el terror de la primera saca, lo han oído estridentemente y todavía lo recuerdan. Un disparo en la noche lóbrega, que ha taladrado las tinieblas. Ramiro Ledesma había cumplido su promesa: "¡Me mataréis, pero no doy un paso más!" Allí mismo se abalanzó sobre el miliciano más próximo para agredirle. Todo fue rapidísimo y seguido, pues un fusil le apuntó por detrás y se desplomó, muerto. Los treinta y un compañeros restantes comenzaron a andar.

Ya poco más se sabe de Ramiro Ledesma. En la fosa del cementerio de Aravaca sólo hay despojos de treinta y un cadáveres. Alguien dice que el cuerpo inerte de Ramiro fue envuelto en una manta y transportado al Ateneo Libertario de la Elipa. Después misterio.

Lo cierto es que Ramiro Ledesma Ramos había caído el 29 de octubre de 1936, en el tercer aniversario del mitin de la Comedia. En la fecha simbólica con que Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. exaltan a sus caídos, Ramiro había caído, ciertamente.

[Texto publicado en "*La novela del Sábado*", núm. 25, Eds. Españolas, Madrid, 4 de noviembre de 1939, págs 69 - 74]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 24